

historia no es la leyenda de Rolando, ni la de Carlo Magno, ni la de *Mío Cid*, ni la de Cíbola y Quivira. No está integrada por estas mentiras; al contrario, las analiza y disuelve. Se dirá que en un tiempo fué verdad histórica la leyenda del Cid. Si, y en un tiempo fué química el pandemonium de los alquimistas; pero cuando lo que se creía verdad llegó á considerarse como un error, éste dejó de formar parte de la ciencia.

Congratulémonos. Si el Sr. Bulnes ha descubierto grandes mentiras en nuestra historia, eso indica que no teníamos historia y que comienza á constituirse esa importante provincia del conocimiento social. Por lo demás, nada de extraño hay en que apenas vaya descubriéndose la verdad sobre acontecimientos de fecha reciente. Muchos millares de siglos hubieron de pasar para que se estudiara científicamente todo lo relativo á las grandes especies animales extinguidas y al hombre pre-adamita. ¡Por algo se llaman ciencias de lo viejo y de lo arcaico las que tienen por objeto estos estudios! La historia crítica no es cosa tan nueva que nos avergüence tener menos libros nacionales inspirados en ella, que estaciones meteorológicas ó cartillas de aritmética. ¿Cuántos años hace que hay una historia de Francia, digna de tal nombre, fundada en verdadera erudición y escrita á la luz del criterio científico? Si hace veinte años hubiera escrito su libro el Sr. Bulnes,—pudo hacerlo,—*las grandes mentiras de nuestra historia* á que él se refiere habrían durado menos de medio siglo, período insignificante para la vida de un pueblo. Pero sin necesidad de tantas prisas, viniendo las cosas á su hora, como ha venido el libro del Sr. Bulnes, ¿no basta esto para demostrar que nuestra patria y en nuestra historia es efímero el reinado de la mentira?

Las que denuncia el Sr. Bulnes no son mentiras históricas, puesto que la historia es la verdad que ésta descubre ó restaura, y aquéllas deben llamarse, por consiguiente, mentiras populares, mentiras pedagógicas, mentiras oficiales, mentiras patrióticas, como se quiera, menos mentiras de nuestra historia. Por ese lado el título del libro, ya no es muy irreprochable; pero aun hay algo más. ¿Se trata en realidad de grandes mentiras en el libro del Sr. Bulnes? En los libros de historia (no en la historia, que es un conocimiento en el grado de depuración más alto concorde con los adelantos de la crítica), puede haber mentiras grandes, pequeñas é imperceptibles. Una gran mentira (y acepto la palabra mentira, por deferencia y haciendo la salvedad de que en estos particulares

casi siempre es más propio decir *error* que *mentira*, á menos que se trate de denunciar no el propio engaño, sino el propósito de engañar á los demás, lo que es un fraude) una gran mentira histórica sería afirmar que durante los siete siglos de la decantada reconquista de España, las relaciones entre los centros cristianos y musulmanes no fueron sino las de una lucha bárbara y sangrienta, simplificadas por el odio religioso; gran mentira histórica sería atribuir á la Francia de los Carolingios y Merovingios la unidad alcanzada más tarde á costa de guerras de conquista en que las provincias eran objeto de asolamientos que hacían de los señores del Norte, plagas del Mediodía, y en que los reyes se presentaban ante los pueblos alarmados, como enemigos de la independencia local. Pequeña mentira histórica es llamar batalla el combate de Roncesvalles y pequeñísima, alterar el número de los combatientes en los dos bandos.

No podrá, pues, llamarse gran mentira histórica, en general, sino aquella en que entre como elemento un error sobre hechos fundamentales, como son el tipo de una civilización, el carácter de un pueblo, la fisonomía de una época. ¿Rectifica el Sr. Bulnes alguno de estos errores? Vamos á examinar esta cuestión así como la siguiente, ligada con ella: ¿las grandes mentiras de nuestra historia á que él se refiere, son por las autoridades que las sustentan y por los libros en que corren impresas, reflejo de la opinión ilustrada y marcan el estado intelectual de las clases directoras ó son únicamente índice de preocupaciones vulgares y de convencionalismos no relacionados con la investigación desinteresada?

Después de esta discusión tocará su turno á los hechos y á las rectificaciones que forman la materia del libro perturbador que examinamos.

#### Las grandes mentiras de la historia y los compendios de historia.

El Sr. Bulnes sabe, como hombre de ciencia y como crítico, que la investigación científica tiene por objeto descubrir la verdad, no solapar ni menos propalar el error, á sabiendas y dolosamente. La investigación histórica no podrá encadenar rigurosamente sus verdades como la ciencia abstracta; pero como ella, las depura, y depuradas las expone con método para organizarlas en síntesis cuyo valor científico es independiente de la historia y resulta de



otros elementos. No siendo, pues, atributo de la historia, como no lo es de la ciencia, fomentar el error maliciosamente, ni aun siquiera tolerarlo, y puesto que al Sr. Bulnes no podía creérsele capaz de confusiones tan vulgares, hay que interpretar el título de su libro, y no llamarlo impropio é incorrecto, sino intencionado. Para el Sr. Bulnes, como para todo el mundo, la misión propia, ineludible de la historia, consiste en buscar y exponer la verdad, no en acariciar el error, ni menos en su propagación. Pero si la historia general, la de Francia, la de Inglaterra, la del Indostán dicen la verdad, la nuestra por excepción es mendaz. No estamos en el error, por falta de crítica en los escritores más leídos y de ilustración en las masas, por obra inconsciente de las preocupaciones ó por otra causa, de semejante naturaleza: nuestros errores son la obra criminal de una historia hecha para engañarnos deliberadamente. «Tal como nuestra llamada historia, sirve á nuestro espíritu y especialmente al de la niñez, el ataque y toma de la fortaleza de San Juan de Ulúa, tiene tanta verdad como la de cualquier cuento oriental entretejido con escenas maravillosas. Modestamente pretendo ser el primero en dar la verdad histórica de este hecho de armas que debió haber avergonzado á nuestros antecesores en vez de inflarlos deshonestamente.»<sup>1</sup> ¿Por qué no se conoció antes la verdad histórica? ¿quién la ocultaba? Sólo la acción corrosiva de la misma vanidad del buen vulgo que «resolvió confundir la cobardía con el heroísmo y dar medallas de oro y ascensos á los que merecían la degradación y la pena de muerte, escandalizando con semejante conducta á todos los hombres de guerra y de prensa ilustrada del universo.» Siguiendo esa reacción corrosiva de nuestra vanidad, «la historia ha emprendido la tarea de deshonorarse para probarnos que las murallas del castillo de San Juan de Ulúa se habían convertido en hojas de papel, que los cañones no alcanzaban, que casi no los había y después de *asentar un chubasco* de hechos falsos se nos cuenta que la mayoría de los defensores murieron..... Nuestra civilización actual nos permite ser tratados seriamente, sin burlas: sin *ruedas de molino* y nos impone el deber de CORREGIR NUESTRA HISTORIA y levantarla á la ALTURA DE LA VERDAD, único punto donde se encuentra el verdadero honor ..... El señor Pérez Verdía lanza á la niñez, desvalida de historiadores, esta *falsedad*..... En todos nuestros libros de historia patria *figura* que los defensores de San Juan de

1 Bulnes. *Las grandes mentiras de nuestra historia*.

Ulúa lucharon con *cuarenta cañones* contra el *fuego de doscientos*. .. El vulgo ignorante y dentro de él los militares mexicanos de 1838 y los *historiadores* consideran que la desigualdad de piezas en juego entre la fortaleza y la escuadra fué un hecho excepcional. .. Asombra ver que eran militares las personas que han proporcionado el espléndido material para decir desatinos á *nuestros sencillos y colombinos historiadores* que á su vez impregnan el espíritu nacional de fábulas ridículas. .. La afirmación de que nuestros cañones no alcanzaban, la han reproducido *nuestros historiadores* y la he visto con pena aceptada por el Sr. Fernando Iglesias Calderón, crítico sutil quien me pareció imposible digiriese *ruedas de molino*. .. Resulta, pues, una gran *rueda de molino* para la *ilimitada credulidad nacional*, la afirmación que no alcanzaban nuestros cañones..... Sólo la ligereza de *nuestros historiadores* y el candor ó cinismo de los generales mexicanos de 1838, que nos trataban como á idiotas, puede hacer que se acoja como hecho posible que un jefe de escuadra arroje despótica y vilmente, de la región del combate, á la mitad de sus barcos, haciéndolos aparecer como espectadores. .... Esta falsedad (que sucumbió la mayoría de los defensores de Ulúa) no es de origen oficial, emana de la ebullición patriótica de algunos historiadores, que la inventan ..... Atacadas las principales falsedades con que se ha intentado envilecer nuestra historia patria, es ya tiempo de examinar la ineptitud, base de la defensa nacional. .... *La vanidad ha hecho de nuestra historia una madriguera de fanfarronadas y mentiras*..... Todas nuestras historias modernas suprimen ó deforman la primera parte de la campaña de Texas, que he dado á conocer en todo el vigor de su verdadera expresión. No siendo posible que nos honrase, el patriotismo prostituido, con su espíritu mezquino, bárbaro y falso, ha cumplido su misión de guerra á la verdad siempre que no sirve para inflar nuestro amor propio originado por un estado social demente. .... Nuestros historiadores tienen el vicio de considerar inatacable toda versión con tal que sea popular ó que por lo menos se halle en boga, no preocupándose por averiguar si es verdadera ..... Procede á destruir nuestras llamadas verdades históricas. — Estas proposiciones son universales: se habla en globo de toda nuestra historia y en conjunto de todos nuestros historiadores. Lo más que á éstos se concede es no formar parte de una conspiración permanente contra la verdad y propalar las mentiras, inocentemente, por impotencia intelectual de cretinos. No creo que sean jus-



tas tan vehementes y ligeras afirmaciones, que lo mismo pueden aplicarse al mentecato *Anabasis* que á D. Manuel Orozco y Berra. El Sr. Bulnes, á pesar de su notable penetración, falta al primero de los deberes de un crítico juicioso, no distinguiendo lo que ha de distinguirse por fuerza en una apreciación general de la literatura histórica mexicana, y confundiendo especies, tiempos y personas. Olvidó, sin duda, el Sr. Bulnes que un eminente escritor á quien ha leído y conoce al dedillo, dice en una de sus jugosas cartas: «El gran precepto que debe darse á los historiadores, es que distingan en vez de confundir, porque no se puede ser verdadero, si no se es variado.» Ojalá que el Sr. Bulnes diga en descargo, y habrá que creerle porque es sincero, que sólo quiso referirse á los historiadores á quienes combate en su libro, que no son de lo más florido ni forman legión. Quiero que así sea, pero aunque así fuese, me duele que voz tan autorizada como la del Sr. Bulnes haya escrito con despectiva arrogancia de nuestros historiadores, entre los cuales se cuentan eminencias, cuyo papel en las letras patrias ha sido incuestionablemente más noble que el de corruptores públicos ó borregos de Panurgo.

Dieron al Sr. Bulnes materia para su libro tres acontecimientos recientes: la invasión de Barradas, la guerra de Texas y la primera que tuvimos con Francia, y al encontrar una provincia histórica, eriaza y baldía, no satisfaciéndole tal vez la honrosa misión de ser el primero en desentrañar verdades nuevas y presentar á sus compatriotas hechos cuyo conocimiento no penetra aún en el dominio del vulgo, prefirió erigirse en vengador de la ciencia y ajusticiar á tres ó cuatro autores populares, que fieles á su papel de expositores sin crítica, al servicio de M. Prudhomme, continuaban una tradición de nociones falsas y frases hechas. Inútilmente gastó el Sr. Bulnes su talento luminoso y su indignación elocuentísima en corregir ineptias de los autores de compendios y papasales para el vulgo. ¿Olvidó que no corresponde á los simples vulgarizadores ser maestros de la alta crítica y de la especialidad autorizada? Si los acontecimientos que estudia el Sr. Bulnes no han sido investigados antes por los maestros, ¿cómo pueden ser sus guías los autores de compendios, y cómo se indigna cuando no los encuentra idóneos para señalarle los caminos de la verdad? Una vez más rechazó los famosos consejos de Thierry, consignados en su primera carta: «es indispensable que se opere un cambio total en la manera de presentar los hechos históri-

cos más diminutos. Necesario es también que la reforma descienda de las obras científicas á las composiciones literarias, de las historias á los compendios y de éstos á los catecismos que sirven para la instrucción primaria.»

Entre los libros que fulmina el Sr. Bulnes con su cólera tribunicia, no hay ninguno que merezca siquiera el calificativo de mediano como obra de ciencia: malos ó pésimos desde el punto de vista literario, son apenas aceptables como medios de vulgarización, con tal que entre en ellos una buena podadera. Por lo demás, esos escritores, cuya obra habitualmente no es de investigación analítica sino de exposición, poco pecan si copian errores no hallando á mano otra cosa. Nótese que hasta la publicación del libro del Sr. Bulnes, no había ninguna obra, de aliento y reputación, sobre los primeros veinte años de nuestra vida independiente, si exceptuamos las memorias de contemporáneos, entre las cuales hay algunas excelentes, pero que no son sino material para la historia científica. Acaso el Sr. Bulnes, ó cualquiera otro escritor sagaz y diligente como él, podrá encontrar errores en obras monumentales, como las de Orozco y Berra sobre el México antiguo y colonial, la *Geografía de las lenguas* y la *Historia de la Geografía* de nuestro país; los cautivadores opúsculos de García Icazbalceta; el primer tomo del «*México á través de los siglos*,» escrito por Chavero; el segundo tomo del mismo libro, sobre la época colonial, por Riva Palacio; las disertaciones de Alamán y su libro unilateral, pero sólido, de la Independencia; la *Historia de la Conquista de México*, por Prescott; la de Clavijero; los estudios del Dr. Rivera sobre la Nueva España; los *Recuerdos de la Invasión Norteamericana*, por Roa Bárcena; los numerosos volúmenes franceses, alemanes é ingleses relativos al Imperio, y la obra del Sr. Vigil que forma el 5º tomo del citado «*México á través de los siglos*,» sin contar otros muchos libros eruditos, polémicos, literarios, etc., etc. Estas obras no son, con todos los errores que pueden contener, *madriguera de fanfarronadas y mentiras*, y algunos de ellos, por el contrario, muestran los brotes de pujante y vigorosa crítica.

Y sin embargo, esos mismos compendios, cuyas pequeñas mentiras sobre la expedición de Barradas, la guerra de Texas, las reclamaciones de Francia y el bombardeo de San Juan de Ulúa, tanto escandalizan al Sr. Bulnes, consignan errores más monstruosos y perjudiciales (atentados escandalosos contra la historia y contra la razón humana) que la transformación de escaramuzas en bata-



llas, la invención de asaltos soñados y la aceptación de partes militares firmados por jefes mendaces.—La historia de México está por encontrarse en muchos puntos ¿quién lo niega? Pero aun lo que puede reputarse como conquista definitiva de la investigación científica, queda muchas veces fuera del dominio de los autores de compendios, incapacitados de dar á la juventud otra cosa que la dosis de error que ellos mismos tragan, y que es, comparada con las que contienen las narraciones de las tres guerras en que se ocupa el Sr. Bulnes, como la piedra azteca del sacrificio gladiatorio junto al ara de un altar católico.

Para el Sr. Pérez Verdía el pueblo tolteca estaba tan emancipado de lo que llamamos las leyes naturales, como el gigante Caraculiambro ó los seres vagarosos de la *Tempestad* ó del *Sueño de una noche de verano*. Cuenta el Sr. Pérez Verdía que los toltecas salieron de Huehuetlapallan en el año cetecpatl, correspondiente al 544 de la E. C. y que después de fundar Tlapallan la chica en 552, al cabo de tres años, ó sea en el de 555, por consejo del *sabio sacerdote* Huemán, siguieron su peregrinación hacia el Sur, pasando por Hueixallan, Xalisco, Chimalhuacán, Quiahuiztlán, Anáhuac, Zacatlán, Totzapán, Tepetla, Mazatepec, Xihuecoe, Iztachuexotla y Tollancingo, llegaron á Tollan en 661. La última de estas emigraciones se hizo por *nuevo consejo de Huemán*. Cuéntense los años corridos entre el antiguo y el nuevo consejo, y se verá que el sabio sacerdote supradicho, ocupó la sede pontificia de los toltecas, 106 años, sólo entre consejo y consejo, pues no dice el Sr. Pérez Verdía, autor de tan merecida y plausible longevidad, la edad que tenía el sabio Huemán en 555 y los años que vivió después de la fundación de Tollán.

La ignominiosa página 8ª del libro en que el Sr. Pérez Verdía hace estos milagros, aparece en la segunda edición de su *Compendio de la Historia de México* (París, 1892). No es culpable la historia de estas risibles vulgaridades, porque si el Sr. Pérez Verdía hubiera leído el primer tomo del *México á través de los siglos*, habría aprendido y enseñado á su vez: "cómo la tribu tolteca durante su peregrinación había caminado bajo el gobierno del sacerdocio, personificado con el nombre de Huemac." (Pág. 362).

Continúa el Sr. Pérez Verdía en la página 10 de su Compendio: "Recientemente establecidos tuvieron guerras (los tolteca). . . . Quisieron darse un rey y eligieron á Chalchintlanetzin, hijo del rey de los chichimeca, quien tomó posesión en 667. . . . gobernó

52 años y murió. . . . Fué electo segundo rey en 719 Iztlicuichahuac. . . . le sucedió en 771 Huetzin, que tuvo por sucesor en 823 á Totepeu. . . . El quinto rey fué Nacacox, que gobernó hasta 927, en que subió al trono Mitl. . . . Fué un rey tan celoso que habiendo cumplido *sus* 52 años de gobierno, acordaron todos los tolteca que continuara. . . . En 990 fué electo su hijo Tecpancalzin. . . . Meconetzin. . . . subió al trono en 1042."

El Sr. Chavero, por su parte, habla así en la página 354 de su citado libro: "Nada, en efecto, más absurdo, que el pueblo tolteca, vencedor y enseñoreándose de todo, y al mismo tiempo pidiendo un hijo á Icuatzin para hacerlo rey. Nada más inverosímil que sus períodos de cincuenta y dos años para la duración de los reinados, que obligan á los historiadores á hacer morir al primer rey precisamente al fin, y que no permiten que los otros monarcas mueran antes de terminar su período. Desde luego se ve que todo ésto es convencional". . . . Cosa que deberían saber, agregaré, el Sr. Pérez Verdía y algunos colegas suyos, como el Sr. Rafael Aguirre Cinta, autor de otro libro de historia para los niños. ¿Pero qué han de saber? ¿No habla el Sr. Pérez Verdía del *alfabeto maya*? Lo hace en estos términos, que citaré con la mayor brevedad: "Mas habiéndose encontrado en 1863 la *Relación de las cosas de Yucatán*, escrita en el siglo XVI por Fr. Diego de Landa, se tuvo entonces noticia de un *alfabeto maya*, descubriéndose con tal clave cuatro preciosos códices pertenecientes á la escritura sagrada ó *Katounica*. . . . Sin embargo, se discute todavía si tales códices están escritos con el alfabeto puro ó si éste se halla mezclado con signos figurativos abreviados ó ideográfico-silábicos convencionales. Consta por los expresados documentos. . . que existían dos religiones, pues mientras la parte figurativa. . . se refiere al más grosero politeísmo. . . la otra parte fonográfica, hace constar una religión mono-teísta." El Sr. Chavero (págs. 324 y 325 de su libro citado) se expresa de esta manera refiriéndose á la escritura maya-quiché: "No se parece á ninguna otra escritura conocida, y por estar cada signo labrado en un pequeño cuadro, se le llama calculiforme. Creemos que por su relación á las piedras cronológicas llamadas *katunes* debería más bien decirse á esta escritura katuniforme y á los signos katunes, lo que ya se acostumbra. Muchos sistemas se han inventado sobre esta escritura y acerca de su posible lectura é inteligencia. . . . Habían sido infructuosos, cuando se publicó la obra del Obispo Landa que á más de los signos jeroglíficos de los



días y los meses del calendario maya, nos presenta, según él, los de su alfabeto. . . . Los estudios de Clarency y Rau son notables, y se ha llegado á creer que el tal alfabeto de Landa no es más que una falsificación ingeniosa de los misioneros españoles, que querían de esa manera ayudar á los indios á aprender las sentencias del catecismo por medio de una escritura pictórica. . . . El profesor Holden procedió en esta cuestión con un método verdaderamente oportuno: copiar cada signo jeroglífico en una tarjeta, distinguiendo las cifras simples de las que llama compuestas. Esto le produjo mil quinientos jeroglíficos diferentes. . . . No tenían los maya-quichés alfabeto, pues no puede haber mil quinientas letras y como sus jeroglíficos no son ni fonéticos, ni figurativos, tienen que ser ideográficos. Esto se explica naturalmente por el carácter monosilábico de la lengua, y por los diferentes sonidos que tenía cada monosílabo y que de diferente manera habían de expresarse para evitar confusiones. Esto sucedió con el chino y era lógico que pasara con el maya."

Las faltas de respeto á la común cultura de nuestro siglo, se repiten de una manera insolente en las primeras páginas del compendio del Sr. Pérez Verdía. Dice que "la primera cuestión que debe examinarse es la relativa al origen del hombre en el Nuevo Continente," y disparándose con una inconsciencia científica de seminarista, stampa este delicioso párrafo: "Debe partirse del principio de una sola creación (*andante*), tanto porque así está escrito en los Sagrados Libros (*allegro*), como porque así lo enseña la común tradición (*vivace*), que no ha sido contradicha por ningún hecho comprobado, y en tal virtud no se puede dudar que la población de América procede de la conservada en Asia después del Diluvio; pues con respecto á los tiempos antediluvianos cualquiera opinión tendría que ser aventurada (*rallentando*)." A poco el seminarista recrece y escribe: "Por lo que hace al origen, de esas tribus que desde la llanura de Senaar vinieron á establecerse en Anáhuac, la opinión más general les señala como tronco á Nephthium, hijo de Misraim y nieto de Cham." Estamos en la segunda página del libro. En la cuarta, el seminarista se olvida de los Santos Libros y de lo que lleva escrito, para sentar plaza de sabio, diciendo: "El hombre existió en México en las más remotas edades, pues en 4 de Febrero de 1870 se encontró al hacerse el tajo de Tequisquiac un cráneo fósil de cerdo, labrado, en un yacimiento geológico de terreno *nezoico* ó posterciario, el cual corresponde á

la fauna gigantesca antediluviana." Acordándose de su nodriza, el Sr. Pérez Verdía honra la quinta página de su libro con un peregrino testimonio de infantilismo: "Fundados en el descubrimiento que se ha hecho en Tlaxcala, Texcoco y California, de varios huesos de gran tamaño, creen algunos . . . que los primeros pobladores de Anáhuac, fueron gigantes; pero á más de que en todas partes del mundo se han hallado huesos semejantes, bien pueden confundirse con los de seres fósiles."

Todo lo anterior, la siguiente frase de miel que hallo en las *Nocciones elementales de Historia Patria*, escritas por José Ascensión Reyes: "El estado salvaje no es el natural del hombre, ni fué el estado primitivo de la Humanidad." y un grabado que representa al hombre primitivo en la página 12 de los *Elementos de Historia Natural*, del Profesor Gregorio Torres Quintero—un hombre primitivo, suspirador y desdeñoso, en cueros, pero de hermoso tipo caucásico, cubierto con gracioso taparrabo de plumas y adornado con artísticos brazaletes de metal—todo esto, digo, me recuerda el escándalo histórico de que habla el ya tres veces citado Agustín Thierry en su primera carta, refiriéndose á las obras de texto: "En ellas, dice, vemos enunciadas de una manera breve y perentoria, como axiomas matemáticos, todos los errores contenidos en libros voluminosos (y los que ya han desaparecido de éstos). A fin de que la falsedad pueda penetrar por todos los sentidos, á veces en numerosos grabados se alteran, para uso de la vista, las principales escenas de la historia. Hojead el que esté más en boga de todos estos librillos, que tanto estiman las madres de familia, y veréis á los francos y á los galos estrechándose las manos en señal de alianza para expulsar á los romanos; la consagración de Clovis en Reims; á Carlo Magno cubierto de flores de lis, y á Felipe Augusto con armadura de acero, á la moda del siglo XVI, colocando su corona sobre un altar en el día de la batalla de Bouvines."

Si hacen falta para ciertos cursos buenos libros de texto que nos hablen de las épocas y de los acontecimientos que la historia crítica ha dilucidado, ¿qué tiene de extraño la misma deficiencia, tratándose de los hechos que no están bien averiguados? Es lamentable la ignorancia, todavía más lo es el extravío, pero no atribuyamos á perversidad vitanda lo que explican la indolencia y el imperio del hábito sobre la razón; menos aún creamos planta arraigada y vivaz únicamente en nuestra tierra, el error que sin examen se transmite de labio en labio, de libro en libro, de generación



en generación, hasta que un agitador intelectual sacude la modorra de sus compatriotas y les arroja semillas de verdad.

Si el Sr. Bulnes niega que tengamos verdadera historia (página 654 de su libro) y cree que esa historia está por hacerse, son inútiles los anatemas prodigados contra los autores de malos libros. Leemos éstos, porque no los hay buenos. Otra vez, ¡y no será la última! citaré á Agustín Thierry, para cerrar este capítulo: "Habéis pronunciado el nombre del abate Velly, célebre en el siglo pasado, como restaurador de la historia de Francia, y cuya obra está lejos de haber perdido su antigua popularidad. Os confieso que sólo de pensar en esa popularidad, trabajo me cuesta vencer cierta especie de cólera, y sin embargo, debería calmarme, porque á falta de buenos libros, el público se ve obligado á contentarse con los malos. En su tiempo, es decir, en 1755, el abate Velly creyó de buena fe que escribía la historia nacional." Y sin embargo, todavía en 1820, "la verdadera historia nacional, la que merece popularizarse, estaba sepultada en el polvo de las crónicas contemporáneas, sin que nadie pensara en desentrañarla, y seguían reimprimiéndose las compilaciones inexactas, sin verdad y sin color, que á falta de mejores libros, se decoraban con el título de Historia de Francia." Había ya una historia crítica, pero las verdades no bajan directamente del especialista al público, por conducto de los compendios y demás libros de vulgarización, sino á través de las historias narrativas de alto valor estético que dan la vida del arte al pasado, como las de Michelet, Renan, Macaulay, y como la que tendremos en nuestra patria cuando desarrolle Don Justo Sierra la *Historia Política*, con cuyas páginas reveladoras se honra el libro *México y su Evolución*.

#### La Patria ante la Historia.

El Sr. Bulnes, debe repetirse aquí, no prodiga los esfuerzos de su noble espíritu para buscar entre la maleza de los documentos que consulta, la verdad histórica, en su integridad palpitante: no, la tarea á que se sacrifica, es la de rastrear mentiras, ¡y las encuentra! Cuando no le salen al paso, en las páginas del libro educativo, hace una batida en toda regla para sorprenderlas en las agrestes alturas de la vanidad patriótica. No es esa la misión del historiador: éste, ante todo, debe ser fiel á la historia, que se com-

pone de elementos científicos y artísticos, esto es, de investigación crítica y de evocación poética.

El patriotismo, ciertamente, como todo sentimiento, si es exclusivo y dominador, puede pervertir la historia; pero una pasión, y entre ellas la que nace de la prevención anti-patriótica, perturba también. El pasado sólo resucita para el que sabe explotarlo con tranquila y cariñosa perseverancia: la magia de sus revelaciones se rompe entre las manos crispadas del orador, que pronuncia alegatos que son razonamientos, cuando sólo se le piden realidades que sean hechos. Todavía va más allá el polemista: cuando no discute con el autor ó con el público, discute con los personajes que debiera estudiar. Dejan de ser objeto de investigación, convirtiéndolos en contrincantes.

En el libro del Sr. Bulnes, la Patria es una gran culpable: por su amor, mienten los historiadores, y sus hijos vivimos engañados; pero ese amor sólo existe en los libros de la historia para corromperlos: no existe en los hechos que forman la historia. En suma: los historiadores, por patriotismo, mienten; los patriotas, por falta de patriotismo, no son sino cómicos. Y la Patria misma ¿qué es, en dónde está? No en el libro del Sr. Bulnes, por el que pasa ignorada ó desconocida.—No niego, entiéndase bien, que el Sr. Bulnes sienta con intensidad el amor patrio: en muchos de sus escritos, habla, emocionado y elocuente, el patriota devoto. A nadie imputaré, sin razones muy sólidas, falta de amor patrio, y menos á quien, como el Sr. Bulnes, consagra á México sus fecundas vigili-  
as, las fuerzas de su espíritu genial y una elocuencia conmovedora y generosa. Lo que niego es que el Sr. Bulnes nos muestre á la Patria viviendo en la historia. Quédese para los oficiantes de patriotismo profesional, defender á México de las que llamarán traiciones y calumnias del Sr. Bulnes. Yo sólo aspiro á hablar de la Patria en nombre de la historia y de los actores del drama nacional como personajes susceptibles de un estudio retrospectivo.

#### El Gobierno y la Invasión de la Reconquista.

Nadie ignora que en 1829 el brigadier español Barradas, al frente de una expedición de reconquista, invadió nuestra costa del Golfo, y que vencido por las fuerzas de Santa-Anna y Terán, se vió obligado á retirarse al mes y medio, después de un fracaso militar y político, que afianzó nuestra independencia. Hasta hoy, es-